

CAPITULO XX.

La virtud perseguida.

De rodillas, y orando fervorosamente, como hemos dicho al principio del capítulo anterior, estaba Elisa, enlutada y anegada en lágrimas.

La noche era oscura, aunque serena.

Junto á ella dormían en su mismo lecho Teresita y Julia.

Un suspiro, que no pudo reprimir, despertó á la primera, que abrió sus hermosos ojos para fijarlos en el tierno sér que oraba.

—Hoy estás muy triste, mamá.

Dijo la graciosa niña incorporándose en el lecho y acariciando con sus lindas ma-

nos las redondas y suaves de Elisa, en cuyo apacible semblante estaba pintado el intenso dolor y la profunda melancolía.

—Sí, Teresita; estoy triste... ¡triste, porque veo el horizonte de vuestro porvenir, incierto y oscuro como el caos!

—¿No nos has dicho mil veces que confiamos en la Omnipotencia, y no fué ella la que salvó la vida de nuestra protectora Clotilde, que volvió á la vida, cuando pocos momentos antes se temía su muerte?

—Ciertamente que sí. ¡Ah! El placer que sentí cuando saliendo D. Emilio por D. Leopoldo le introdujo al cuarto de la enferma diciéndole que vivía, solo es comparable con el pesar que poco antes me desgarraba el corazón temiendo su muerte.

—Sí; debió ser tan grande como el que yo sentí cuando me contaste la aventura. ¿Y tú no entraste á saludarla?

—No, hija mía.

—¿No?

—Salí al instante de la sala al saber la feliz nueva de que vivía.

—¿Y por qué no entraste siquiera á verla?

—¡Verla! — Exclamó tristemente Elisa, que se había impuesto el terrible sacrificio de no ver jamás el bello rostro de aquel fruto de su desgracia.

—¿No la quieres mucho?

—¿Qué si la quiero! Como se quiere la felicidad.... mas que á mi vida.... como os quiero á vosotras, hija mia.... á vosotras á quienes amo con delirio... con toda el alma!

—Pues siendo así, no comprendo por qué no entraste á verla, á decirle que la amamos; que nos acordamos mucho de ella.... que á todas horas rogamos á Dios por su salud y su felicidad.

—Porque.... —Y Elisa, buscando una disculpa que justificase su conducta con Clotilde, contestó abrazando y besando á Teresita.—Porque estaba impaciente por veros á vosotras, á quienes había dejado solas.... por daros la agradable noticia de que vivia.... de que iba á ser feliz....

—¡Ah! ¡fué por nosotras! ¡Cuán buena eres, mamá!

—¿Y qué madre no lo es con sus hijos!

—Ya ves, pues, que debes estar alegre y no triste, mamá.

—Sí, pero mi presente tristeza reconoce otro origen.

—¿Y no quieres que yo lo sepa? ¿No merezco ya tu confianza?

Dijo con sentimiento la interesante niña.

—Sí, Teresita; ¿pero para qué quieres escuchar mis penas? ¿No es mejor que te duermas, hija mia?

—¿Dormirme cuando tú padeces y velas! No; mientras dormia, yo escuchaba tus suspiros, veía tus lágrimas, oía tu bracion y queria consolarte.... ahora que ya he despertado, te acompañaré hasta que te recojas, hasta que te vea mas tranquila.... ¿Me lo permites, madre mia?

—Hija de mi corazon! —exclamó Elisa besando enternecida á aquella hermosa niña.—¿Tus filiales sentimientos me inundan de felicidad! ¡Sí, quédate conmigo.... acompáñame, y ahuyenta con tu dulce voz las fantasmas terrorosas que me asaltan! ¡Tú, Teresita, y tu querida hermana que duerme tranquila en este instante, sois dos án-

geles á quienes comunico todas mis penas para encontrar consuelo.... sois el único bien que me resta sobre la tierra, y el único tambien que amo y que prefiero á todas las riquezas, y á mi vida!

—¡Ah! ¡cuán buena eres, madre mia!

Exclamó Teresita besándole en la frente.

—Por eso cuando pienso que habeis quedado huérfanas.... que si yo muero quedareis abandonadas.... en la miseria.... se me prensa el corazon con el peso de la amargura.

—¡Solas! no. ¿Cómo podríamos vivir ni un solo dia si tú nos faltases, madre mia! No; no pienses nunca en eso: considera que hay un sér que nos cuida con el cariño mas intenso.... un sér que nos proporciona casa, vestido, alimento.... todo; y esto debe tranquilizarte. ¡O desconfias tambien de nuestra inolvidable Clotilde!

—¡Yo! ¡yo desconfiar de ella!—Exclamó Elisa conmovida profundamente.—¡Ah! no; jamás! Clotilde es la mas virtuosa, la mas tierna, la mas caritativa de las jóvenes! Pero va á enlazarse á un hombre; va á con-

traer nuevas obligaciones, y acaso se verá en la imposibilidad de seguir haciendo los sacrificios que hasta aquí.

—¡Va á casarse!

Dijo tristemente Teresita.

—Sí; va á unirse á un hombre que ama, bueno, de talento, que hará su felicidad.... á un entendido artista que la idolatra... que respetará su voluntad... sus disposiciones... pero á quien tal vez le parecerá conveniente suplicarla que suspenda el favor que nos dispensa.

—¿Y ella accederá á esa súplica?

—Sí, hija mia, accederá por duro que le sea el sacrificio de abandonarnos. Cuando una mujer virtuosa pronuncia el juramento de hacer feliz al esposo que ha elegido, al hombre que deposita en ella su honor, su ventura y su felicidad, debe sembrar de dulces flores el camino de su vida, satisfacer cariñosa el mas ligero de sus deseos.... embriagarle con la hechicera sonrisa de sus labios y la dulce mirada de sus ojos, ávidos de adivinar lo que puede halagarle.... cau-

tivarle con las tiernas palabras de la mas cordial deferencia, y ser el ángel tutelar de su existencia.... Brindarle á todas horas la pasion de la fiel amante y la sincera amabilidad de la invariable amiga.... usar del lenguaje mas persuasivo y tierno, cuando se trata de advertirle algun error.... manifestar en el semblante el placer de estar á su lado, y en las acciones el regocijo y la ternura del corazon. La modestia, el pudor y la limpieza deben ser su mas bello adorno; y si es madre, si el cielo le concede esta gracia, no debe consentir que otra mujer dé el alimento al ángel inocente de su amor, sino que ella lo alimentará cariñosa sin privarle del precioso sustento. Sí, hija mia, la buena madre, la que ha recibido una educacion religiosa y moral, la que no quiere que sus hijos se inoculen con la sangre de gentes mercenarias, se goza en el cuidado de ellos, y fijando los ojos en el celestial semblante del tierno querubin que se sonrie al oprimir con sus delgados labios el pecho del sér que le ha dado la vida, busca en su apacible rostro las faccio

nes del hombre á quien se ha unido, para que el corazon palpite con el placer del primer amor, acariciando la ventura de ver crecer al fruto, cuya flor nutre con su sangre.

—¡Ah! entonces se olvidará de nosotras... de nosotras que tanto le queremos....

Exclamó con tristeza la inocente niña.

—No; ella no, hija mia.... el corazon me dice que Clotilde nos amará como nos ha amado hasta aquí; pero sus deberes de esposa tal vez le impongan el sacrificio de no enviarnos la benéfica mesada con que atenderíamos á nuestras necesidades.

—¡Somos muy desgraciadas, madre mia!

—¿Por qué, Teresita?

—Todas las personas que se interesan por nuestra suerte, desaparecen ó se casan. Clotilde se verá obligada á desatendernos. Soledad, la pobre Soledad, que nos ama con todas las veras de su alma, y que mil veces partió su alimento con nosotras, se ignora dónde se encuentra.

—¡Desdichada jóven, y desdichado tambien del hombre generoso, de su amoroso

primo D. Félix, que en su mayor infortunio veló por ella como un tierno hermano.

—¿Y qué, es cierto que le han sentenciado á muerte?

—Sí, hija mia; va á sufrir la terrible pena del asesino, cuando todos los que le conocen están seguros de su inocencia. Pero las pruebas hablan contra él, y los jueces, que no pueden leer en las conciencias, cumpliendo con su deber, le han condenado á que muera. Se dice que muy pronto debe entrar el infeliz en capilla, y si es así, dentro de breves dias habrá volado su alma á la eternidad.

—¡Tan bueno, y morir como un criminal!

—Nadie comprende los altos decretos de la Providencia. Ya ves, pues, hija mia, que no debemos llamarnos desgraciadas, cuando hay otros calumniados y gimiendo, sin culpa, en una estrecha prision.

—Es cierto.

—Y aunque me ves afligida temiendo que Clotilde se vea obligada á retirarnos su proteccion, porque así lo disponga su esposo, que no lo espero, siempre me queda el

consuelo de saber que el honrado Pablo, ese indio generoso que salvó un dia á vuestro padre, y que despues hizo que nada se economizase para hacerle un entierro digno, nunca nos abandonará.

—¡Oh! sí, es muy bueno ese hombre: siempre nos envía desde Texcoco, frutas, legumbres y gallinas, y cuando viene á México, jamás se ausenta sin informarse de nuestra salud.

—¡Dios le premiará esa generosidad. Pero duérmete, hija mia; duérmete: tienes que levantarte muy temprano mañana para disponerte para los exámenes, y no conviene que yo te robe estas horas de sueño.

—Estoy tan contenta hablando contigo, que pasaria sin sentir toda la noche.

—Gracias. Pero duérmete, que yo voy á cerrar la puerta, y á disponer vuestra ropa para que os presentéis mañana lo mas compuestas que me sea posible.

Teresita besó á su mamá, volvió á acostarse, y á poco se quedó profundamente dormida.

Elisa permaneció contemplando un rato

aquellos dos ángeles, cuyo porvenir tanto le inquietaba. En su pensamiento volvió á fijarse la idea de la triste horfandad en que quedarían si ella les faltaba, y el llanto asomó á sus ojos.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó luego arrepentida de su poca fé.—¡Perdóname si te he ofendido! Tú lo has dicho ya. Si cuidas de lasavecillas del campo, ¿cómo has de abandonar á la criatura hecha á tu imagen, á quien amas mucho mas que á ellas?

Y Elisa, alentada con aquella cristiana consideracion, se dirigió á la pieza contigua para cerrar la puerta que daba al patio, y entregarse despues al reposo.

Ya iba á echar la llave, cuando la puerta se abrió dando entrada á un hombre envuelto en un grueso capote.

Elisa dió un paso atras asustada al verle.

El hombre llevó el dedo índice á los labios indicando que guardase silencio, y desatándose el rostro se manifestó á Elisa.

—¡Willey!

Exclamó la viuda de Diego, sobrecogida de espanto.

—Sí, vuestro adorador que viene á cumplir con la palabra que dió en casa de Don Emilio, de hacerle á vd. una visita.

—¡Oh! salid al momento, ó doy voces pidiendo auxilio.

—Puede vd. hacerlo:—respondió el doctor con la mayor sangre fria, echando mano al bolsillo y sacando una carta—segura de que cuando estén reunidos los que acudan en su socorro, escucharán la lectura de este curioso papel.

—¡Dios mio!

Dijo Elisa reconociendo el que ella habia escrito á Landeta.

—¡Por qué no llama vd?—Repuso sonriendo burlescamente el doctor.—No se detenga vd. por mí: vamos, no hay que tenerme consideracion.

—Pero ¿qué es lo que vd. intenta? ¿qué objeto le trae á vd. á mi casa á esta hora inoportuna?

—El mas importante para mí.

—¿Cuál?

—El conseguir su amor.

—¡Imposible! ¿No le he dicho á vd. mil veces que le aborrezco?

—Sí; lo he escuchado muy repetidamente:—contestó Willey sin alterarse.—Pero lo que nunca he oido de sus labios, es que aborrezca vd. su buen nombre, ni el elevado concepto de las personas que le distinguen con su amistad; y como yo soy árbitro de que le desprecien ó continúen dispensándole su aprecio, he venido á que tenga vd. la bondad de decirme cuál de ambas cosas prefiere vd. en lo sucesivo.

—Ninguno tiene mas motivos que vd., cuya pasion he visto con horror, para conocer que prefiero mi honra á mi vida.

—Es que sabe vd. que yo poseo una prueba de que no siempre ha pensado vd. de la misma manera.

—Siempre.

—¿Aun cuando le visitaba á vd. D. Emilio? Preguntó sonriendo Willey.

Elisa bajó los ojos ruborizada.

—¿Por qué guarda vd. silencio?—Añadió el doctor.

—¡Siempre!—Volvió á repetir Elisa con

dignidad y energía, herida por el tono insultante y burlesco del doctor.—¡Siempre! Si hubo un infame que abusó de un instante de vértigo para ofenderme, ni mi voluntad ni mi corazón le pertenecieron jamás: yo le arrojé de mi lado como al hombre mas detestable de la tierra, y he tratado de expiar con diez y seis años de penitencia, de lágrimas y de sufrimientos, un momento desgraciado.

—¿Y por qué negarme á mí lo que no se negó á otro hombre á quien se aborrecia de igual manera?

—Señor Willey — dijo Elisa altamente ofendida—tenga vd. la bondad de poner fin á un diálogo que no me permite sostener por mas tiempo mi delicadeza.

—Bien; voy á obsequiar su deseo; pero antes me veo precisado á repetir la proposicion que le hice á vd. á mi llegada. ¿Desea vd. conservar el aprecio de la sociedad, ó quiere vd. atraerse para siempre su desprecio? Para lo primero, no tiene vd. mas que corresponder á la ciega pasion que me avasalla, y que le hará á vd. dueña de este pa-

pel que compromete su decoro: para lo segundo, bastará la repulsa que haga vd. á mi amor, pues los renglones, por vd. trazados, pasarán á las manos de cuantos hoy la distinguen con su amistad.

—¡Oh! ¿seria vd. capaz de semejante infamia?

—Estoy resuelto á ello. Elija vd., pues, entre mi amor y el desprecio de la sociedad.

—La eleccion está hecha. El desprecio de las personas que me distinguen, será una nueva desgracia que se la ofreceré á Dios como otra expiacion de mi falta: el amor de vd. seria mi tormento y mi condenacion.

—Medítelo vd. detenidamente.

Dijo Willey sonriendo con calma.

—Lo he meditado ya.

—¿Es decir que nada le importa á vd. caer del aprecio y de la estimacion de Clotilde? ¿que le es á vd. indiferente pasar á sus ojos por la mujer mas criminal del mundo?

—¡Clotilde!—exclamó Elisa poniéndose pálida como un cadáver.—¡Oh! ¿seria vd.

capaz de presentarme ante ella, como una miserable? ¿como una infame? ¡imposible.... imposible!

—Ella será la primera, en cuyas manos ponga este papel, si se empeña vd. en rechazarme.

—¡Dios mio.... Dios mio!

Exclamó afligida aquella mujer desgraciada, que no ambicionaba sobre la tierra mas que poseer el cariño de la amorosa joven á quien no podia dar el dulce nombre de hija.

Willey comprendió toda la magnitud del sacrificio, y creyendo que no podria resolverse á perder el amor del hechicero sér á quien habia dado la vida, añadió para obligarla á acceder á su infernal deseo.

—Pero no solamete á Clotilde, á esa joven que la tiene á vd. por modelo de virtud, le haré saber el crimen que pesa sobre la mujer á quien tanto distinguia, sino tambien patentizaré con estas letras á Julia y Teresita, á esos dos ángeles de inocencia y de candor, la negra mancha que imprimió vd. sobre su honra.

—¡Qué escucho! — Pronunció aterrada Elisa.—¡Deshonrar á una madre delante de sus hijas!

Y se quedó abrumada con el peso del dolor y de la vergüenza.

El doctor creyó seguro su triunfo.

—Sí;—dijo con acento firme disimulando la esperanza que halagaba su corazón;—vuestro amor para mí, ó el ódio y el desprecio de ellas para vd.

—¡Oh! ¡no puedo.... no puedo! ¡Ambas cosas son superiores á la muerte misma!

—Y sin embargo, es preciso que elija vd. una en este momento.

—¡Piedad.... piedad, señor Willey!

—La tendré siempre que la tenga vd. de mi pasión. Corresponda vd. á ella, y el secreto quedará encerrado en mí como en un sepulcro; pero si continúa vd. en su repulsa, esos dos ángeles sabrán—dijo alzando la voz para atemorizar á Elisa—que la mujer á quien deben la vida, la mujer á quien han creído dechado de todas las virtudes, fué un día una esposa infame....

—¡Oh! ¡por Dios, callad!

Exclamó Elisa sin dejarle acabar la frase, asustada y temblando, temiendo que sus tiernas hijas despertasen y oyesen las palabras del doctor.

Este volvió á pronunciar otras que helaron la sangre de aquella perseguida mujer, creyendo que así le obligaría á ceder.

Elisa, pálida y asustada, corrió al cuarto de sus hijas para ver si dormían, y Willey sonrió de esperanza, no dudando ya de que el temor de verse humillada ante sus hijas, acallaría los gritos de su conciencia y de su deber.

A esta esperanza se asoció de repente otra idea que le hizo creer en un triunfo infalible.

Elisa, al correr al cuarto de sus hijas, había dejado sobre una silla el pañuelo que había estado llevando con frecuencia á la boca para reprimir sus suspiros, y el doctor, al advertirlo, concibió una idea infernal para alcanzar lo que anhelaba.

Pensó, y con razón, que Elisa, al volver

á salir, tomara el pañuelo y lo aproximara á la boca para sofocar sus suspiros.

Vertiendo, pues, en él, un narcótico activo, lo aspiraria Elisa sin remedio, y presa una vez de un pesado sueño, que le impediria defenderse y gritar, podria cumplir lo que tanto anhelaba su impuro corazon.

Del pensamiento á la ejecucion del plan, no pasó un segundo. Willey corrió á tomar el pañuelo, sacó en el instante un pomo que llevaba en el bolsillo, y vertió en el primero algunas gotas de un líquido que no exhalaba olor ninguno, y propio, por lo mismo, para que nada advirtiese la víctima.

Elisa, despues de haberse persuadido de que sus hijas dormian, salió á donde estaba el doctor, y le suplicó que se alejase para no interrumpir el sueño de sus tiernas criaturas.

Willey, que estaba convencido de que para vencer á Elisa no necesitaba ya de recurrir á la amenaza, sino de esperar á que llevase el pañuelo á los labios, fingió acceder al ruego de la mujer que trataba de cubrir de baldon, y contestó:

—Me habia propuesto no desistir de mi empeño, y que escogiese vd. de una vez entre aparecer como una mujer infame á los ojos de sus hijas, ó acceder á mis súplicas; pero no quiero ya que esta resolucion sea hoy mismo, no: quiero dejar á vd. el tiempo suficiente para que medite detenidamente sobre un punto de tanta importancia para usted.

—¡Ah, gracias, señor doctor!—exclamó Elisa tomando el pañuelo y disponiéndose á llevarlo á la boca: Willey experimentó un placer satánico.—Una madre no puede resolverse á aparecer delante de sus hijos con una mancha infame, ni una mujer honrada á manchar su vida con una accion que reprueba la conciencia; y vd. que comprende esta verdad; vd. que, aunque extraviado por una terrible pasion, ama la virtud, y conoce todo lo que esta tiene de apreciable, estoy segura de que en vez de volver á verme para saber la resolucion que he tomado, vendrá á manifestarme la noble resolucion de que ha desistido del empeño que en este instante manifiesta.

Y Elisa llevó el pañuelo á los labios para contener un suspiro.

Willey sintió en su alma un placer satánico al persuadirse de que habia aspirado y seguia aspirando el activo narcótico.

—Sí; estoy cierta—continuó Elisa—que el hombre que ha empezado por concederme unos dias para la resolucion de lo que de mí se exigia hace un instante con tanto imperio, meditará á sus solas el inmenso sacrificio que se me pide, y que preferirá á mi tormento, la franca amistad de una mujer agradecida.

Y Elisa siguió aspirando en el pañuelo que acercaba á los labios, el terrible narcótico que iba á entragarla sin defensa en los brazos del malvado Willey, que se gozaba interiormente con un próximo y seguro triunfo.

De repente se sintió desvanecida, y su rostro se puso pálido como el papel.

—¡Dios mio!—Eclamó asustada.—¡No sé lo que me pasa! ¡mis ojos se nublan y mis miembros desfallecen! ¡Doctor, doctor, socorredme.

El doctor se puso delante de ella, cruzó los brazos, y dejó asomar á su rostro una sonrisa que hizo comprender á Elisa el origen de su caimiento.

—¡Oh! ¡me habeis perdido!—añadió la infeliz con voz casi imperceptible, arrojando el pañuelo de su mano.—¡Habeis colocado en este lienzo un terrible narcótico que me va á dejar sumida en un profundo sueño.... sin defensa!

El doctor avanzó otro paso mas, y volvió á sonreirse, pero sin pronunciar una palabra.

Elisa quiso levantarse para huir, pero no pudo: su cuerpo estaba sin fuerza ni vigor, y ni aun pudo levantar los brazos para rechazar á Willey, que se aproximó á ella para tomarla una mano.

—¡Ah! sois un infame, doctor—dijo mas bien con el aliento que con la voz, la desgraciada viuda de Diego—no teniendo poder para retirar su mano que Willey acariaba entre las suyas y la acercaba á sus impuros labios.

Aquella era una agonía espantosa para la virtuosa Elisa.

Sentia en su mano los ardientes besos de aquel hombre que le causaba espanto; sentia cerca de su rostro el infero aliento que exhalaba de su impío pecho; miraba en sus ojos pintada la pasion de los réprobos, y la infeliz se veía impotente para hacer el mas leve movimiento.

Hizo esfuerzos supremos para apartar su mano de las del verdugo de su tranquilidad, y no pudo.

Quiso gritar pidiendo socorro, y su voz fué á morir entre las palabras de amor que le dirijia aquel inicuo sér que se gozaba con el triunfo del vicio sobre la virtud.

Trató de volver el rostro para dirijir la vista hácia el cuarto en que dormian sus inocentes hijas, pero no pudo; y á su pesar se vió precisada á soportar la vista de Willey, que tenia fijos en ella sus ojos inyectados en sangre.

Elisa se estremeció ante aquella mirada en que brillaba la lujuria, y ni aun tuvo

fuerzas para cerrar los párpados y evitar aquella mirada impura.

Elisa conoció que no le quedaba ya remedio humano que la defendiese de aquel hombre, y elevó su corazon á Dios, pidiéndole interiormente su auxilio.

Willey, que comprendió que oraba, dejó asomar una sonrisa impía á sus labios, y para burlarse de la fé de aquella desgraciada, la acarició entre sus brazos.

—Ya vé vd.—le dijo en voz baja y de una manera que heló la sangre de Elisa— que Dios no escucha su oracion, que la abandona, que la entrega en mis brazos para que yo disfrute los deleites que anhelaba.

Y Willey estrechó la cintura de su víctima, que sin fuerzas para moverse, seguia pidiendo interiormente á Dios que la salvase de aquel infame.

El doctor, viéndola sin defensa, inclinó su rostro para colocar sus labios en el páli-do y hermoso de Elisa.

La desgraciada tembló al notar la intencion de su perseguidor.

Un golpe se oyó en la puerta.

Willey, volvió la cabeza sorprendido.

Elisa recobró la esperanza.

La puerta volvió á sonar con nuevos golpes, dados por alguno que llamaba.

El doctor se levantó asustado y guardó silencio, teniendo fija siempre la vista en la puerta, y maldiciendo al importuno que á tan mala hora para él llamaba.

—¡Oh! ¡y se me ha olvidado cerrar la puerta.

Pensó para sí Willey.

—Adelante.

Dijo con voz casi imperceptible la afligida Elisa, que veía en la persona que llamaba el auxilio de la Providencia, cuyo favor había implorado.

La puerta se abrió, y á poco se dejó ver el indio Pablo.

El corazón de Elisa se inundó de felicidad.

El del doctor latió de ira y de despecho.

La desgraciada bendijo al cielo interiormente, y con desfallecida voz suplicó á Pablo que se acercase.

Este obedeció al instante, y con el interés de un verdadero amigo, le preguntó:

—¿Está vd. mala?

—Sí;—contestó el doctor antes de que hablase Elisa, y dirigiendo á esta una mirada amenazadora.—Para descansar de los agudos dolores de cabeza que han dado en atormentarla de noche y la privan del sueño, dice que ha aspirado, para dormir tranquila, un activo narcótico que le ha producido la postracion en que la encontramos. Por fortuna llegué yo á tiempo, y he podido evitar que el mal sea mayor, dándole una medicina que neutralizase los efectos del narcótico, aunque siempre será imposible salvarla de que sea por un instante presa de un profundo sueño.

—Sí.... es verdad....—Dijo Elisa con desmayada voz, y encontrando ya torpeza en pronunciar las palabras, y tratando de ocultar la infamia de Willey, para que éste no se vengara publicando su falta.—Traté de tener una noche menos penosa que las anteriores, y aspiré un narcótico que vertí en ese pañuelo.

—Que yo le arranqué de las manos— exclamó Willey—y lo arrojé al suelo, temiendo sus efectos terribles.

—¡Es cierto!

Dijo Elisa con fatigado acento, y próxima ya á un profundo letargo.

—¡Oh! ¡qué imprudencia....!—Exclamó Pablo.

—Pero aun hay remedio para evitar que el narcótico continúe en sus efectos.—Dijo Willey concibiendo la esperanza de hacer salir de allí á Pablo y quedarse solo con Elisa, que iba perdiendo notablemente sus fuerzas.

—¡Cuál?—Preguntó Pablo.

Willey sacó su cartera, escribió con lápiz en una de sus hojas una receta, la arrancó al instante, y dándosela á Pablo, le dijo:

—La aplicacion de esta medicina, si es que vd. tiene la bondad de ir por ella á la botica, en tanto que yo le aplico otros remedios.

Pablo iba á obedecer; pero Elisa comprendió la intencion del doctor, y asustada exclamó con trabajoso acento.

—No.... no.... seria tarde.... No se vaya vd. Pablo.... no se vaya vd....

—Pero....

—Se... lo... ruego....

—Bien, me quedaré. Habia venido á invitar á vd. á que marchase con sus dos tier-nas hijas á pasar en mi rancho algunos dias para que se distrajesen, y por lo mismo permaneceré aquí hasta que vuelva vd. de su letargo, y me diga si tiene la bondad de admitir mi humilde oferta.

—¡Gracias... gracias...!

Exclamó Elisa, tranquila ya de ver que nada debia temer de Willey.

Este maldijo interiormente la llegada del indio Pablo.

Veía frustrados sus inieuos planes en los momentos mismos en que se habia encontrado próximo á realizarlos.

Elisa tenia fijos los lánguidos ojos en Pablo, y la palidez de la muerte, causada por el narcótico, velaba su semblante.

De repente se estremecieron todos sus miembros.

Un frio glacial circuló por sus venas.

Su vista fué amortiguándose por grados. Hizo otro estremecimiento, y quedó profundamente dormida.

Pablo se cruzó de brazos, esperó de pie, y enfrente á ella, á que volviese de su le targo.

El doctor hizo un gesto de desesperacion.

Se veía obligado á renunciar á sus bastardos deseos, cuando veía realizado la mitad de su plan, y esto le desesperaba.

Hubiera querido poder marcharse para evitarse aquel tormento; pero consideró que esto podia despertar sospechas en Pablo, respecto al narcotismo de Elisa, y se vió precisado á permanecer allí, frente á su víctima, pero sin poder dañarla.

Pablo y Willey eran, el uno, el génio del bien; y el otro, el génio del mal; alentando distintos sentimientos.

Eran el ángel bueno y el ángel malo, colocados uno frente al otro, en los instantes mas solemnes.

Eran el San Miguel y el ángel rebelde, oprimiendo aquel con su planta al rey de las tinieblas y del crimen.

CAPITULO XXI.

La Jamaica.

Entre las agradables costumbres que hacen de México un país risueño y encantador, un oasis florífero y delicioso en medio de las convulsiones políticas que le han agitado, se encuentra una que está en armonía con el carácter jovial, dulce y amable de sus hijos, con lo poético de su exuberante suelo, con sus limpios horizontes, con sus pintorescos valles y su trasparente cielo. Esta costumbre es la conocida con el nombre de *jamaicas*, que consiste en reunirse en algun jardin particular de la ciudad, varias familias de fina educacion y buen hu-